



Fig. n.º 17.- Noel, Eugenio (2007): *Martín el de la Paula en Alcalá de los Panaderos*, (Edición de Francisca Escudero), Sevilla, Fundación Aparejadores/ Ayuntamiento de Alcalá de Guadaíra, 102 págs.

Cuando se habla del escritor Eugenio Noel (Eugenio Muñoz Díaz, Madrid, 1885-Barcelona, 1936), casi parece obligado mencionar su militancia antiflamenca y anti-taurina, que le llevó al extremo de fundar dos revistas dedicadas a combatir el arte flamenco y las corridas de toros (*El Flamenco* y *El Chispero*) y a ganarse la vida por tierras de España y de América dando conferencias y predicando atronadoramente contra las dos manifestaciones que consideraba como causas esenciales de los males de España.

Ahora, la Fundación Cultural del Colegio Oficial de Aparejadores y Arquitectos Técnicos de Sevilla (que ha asumido

una amplia serie de felices iniciativas en el campo de la edición de la mano de su presidente, José Antonio Solís), en colaboración con el Ayuntamiento de Alcalá de Guadaíra, ha puesto a disposición del público la reedición de una obra de difícil acceso, la titulada *Martín el de la Paula en Alcalá de los Panaderos* en su versión original (Madrid, 1926, cuya portada se reproduce en la nueva edición) y como *Martín el de la Paula en Alcalá de Guadaíra*, más tarde, en una segunda versión, aparecida dentro de *La novela de un toro* (Santiago de Chile, 1931), que es la que aquí ha sido elegida por Francisca Escudero, quien con perfecto conocimiento de la cuestión sitúa la narración en su contexto, al tiempo que ofrece una breve pero excelente biografía y una completa bibliografía del autor, lo que representa una ayuda inestimable para el lector y confiere un valor suplementario al esfuerzo editorial.

No es este el lugar para hacer una valoración literaria del relato, pero sí para ocuparnos de su visión de los mundos del flamenco y, sobre todo, de los toros, que curiosamente en este caso contrasta agudamente con la imagen canónica que tenemos de la ideología de Eugenio Noel. Imagen muy lógica por otra parte, ya que el autor no hizo sino confirmarla una y otra vez con sus actitudes, sus escritos y sus declaraciones.

En efecto, si tomamos en consideración las palabras que dedica en particular al protagonista (Martín el de la Paula, un gitano cantaor de flamenco, en torno al cual y a un significativo episodio de su vida gira toda la trama), y en general al cante jondo, que también se lleva algunas páginas de la novela (por otra parte, bastante breve), difícilmente podemos vincular el discurso a ninguna actitud negativa respecto del universo que describe. Basta con algunos ejemplos, principiando por la descripción del protagonista y su mujer: «Quienes les encontraban se sentían halagados con el hallazgo y se volvían cien veces la cabeza para mirar aquellos dos gitanos de purísimo contorno

de estirpe, limpios como el corazón de oro de doña Alicia que la Patrona tiene en su ermita, y alegres con esa alegría tan sana y natural de la que los gitanos parecen tener la exclusiva». Y siguiendo por la evocación de una reunión flamenca: «Unos entraban por fandanguillo clásico verdad, nada de resabio ni esquilme; “De calaña, calañés”... o “Cartujana era mi jaca”... Otros enfrentaban, chazadores, el fandanguillo vario: “La que me lavó el pañuelo”... Aquí y allá, armado ya el tiberio, se picaba el fandanguillo de Cayetano, el del Niño de Cabra: “Su carita con la tierra, el que pierde es el que junta”. O se enmelaba con cernidos y suspensiones de espasmo, el de Juan Brea, el cante sin tranquillos ni martingalas: “El cielo y la tierra tiemblan”... Cuando el Brea cantaba eso –dijo Martín el de la Paula– de emoción se le salía a uno el sombrero». Para terminar con una salida que cuando menos cabe calificar como pintoresca: «... de allá del Oriente, de donde vienen todas las cosas buenas, de donde vino Nuestro Señor del Gran Poder y Mahoma y el Cante Flamenco...». A todo lo cual se podría añadir, como complemento, la devoción por el paisaje alcalareño, que ha tenido en Eugenio Noel a uno de sus más entregados intérpretes, el émulo con la pluma de Emilio Sánchez Perrier con el pincel: «Todos los colores de las cosas se han mezclado, embrujado y echado a reir en este pueblo que no ofrece panoramas, que es un puro paisaje. Hasta el río, el Guadaira, parece andar curvando su curso para evitar hacer daño a las riberas de ensueño, adorable optimismo porque esa agua camina dormida y sólo se despierta un poco en las *suas* de los molinos».

Pero tampoco podemos demorarnos en el análisis de la visión del flamenco, ya que es el escenario natural de toda la novela, sino fijarnos en las anotaciones (muchas menos y más breves) sobre los toros. Así, buena parte de la acción tiene como telón de fondo las ventas y las tabernas, ya sean las sevillanas (como las de Antequera, Pilín o Eritaña), ya sean las alcalareñas,

pero muy especialmente “el colmado del torero Moreno”, presidido por unas magníficas cabezas de toros, que imponen una vívida presencia, motivando que el viejo picador Hilario, el gran amigo de Martín el de la Paula, se pregunte «... por qué sólo el toro entre todas las bestias del mundo tiene ese *aire* aun después de muerto, aun después de cortada y disecada la cabeza. Pones tú en la pared la cabeza de un oso, y *ná*. Te sales por la de un tigre, y parece de cartón *pintao*. Clavas ahí un león, y parece embarsamao el animalillo; y colocamos nosotros un morlaco, y ahí lo tiés toos más vivos que antes de muertos, con el aire...».

El torero Moreno y el picador Hilario no son los únicos profesionales del mundo taurino que aparecen en la novela. Al elenco hay que añadir a un émulo de «Perín, Sastre, Plazuela y Jenaro, los famosos contratistas de caballos viejos para las corridas de toros», y a Laureano, que «tiene por oficio limpiar de la sangre los trajes de los piqueros, en lo que es único en Andalucía». El propio Hilario es capaz de dar una verdadera conferencia sobre su oficio, al contestar una pregunta sobre la suerte de varas: «... *manque* él sólo toreó en corridas *salteás* y en caballos más malos que carrañacas, él cree que el *núcleo* de la cuestión está, no en que las picas, de haya, o de pino de Flandes, sean más largas que las de tienta y en na de lo que se dise de que no ze zabe el ofisio y que hay que golver a toros rasgoneaos, el *núcleo* está en que a los toros de hoy no les *naa* el morrillo y en que hay que pararse poquiyo al recibir con la garrocha y llevar más pica descubierta y no calar toas en el cerviguillo, sino en las primeras costillas...».

En realidad, Hilario se atreve a dar su opinión sobre muchas cosas. Así, sobre la relación entre los vinos jerezanos y los toros: «Hasta los cinco años, un vino de Jerez no es vino de Jerez, como los buenos toros no son toros hasta cinco yerbas». O también sobre el vínculo que existe entre la pintura azul y el color rojo de la sangre de los toros: «Con la parte serosa de esos

toros que beben en el abrevadero, de los toros que lidian en las plazas o rumian en las dehesas fabrican los químicos de la industria el azul prusia que usan los pintores. ¿Será posible que haya algo entre ese azul y la sangre de toro? Sí. Sí hay algo. Es cierto que hay entre la sangre brava y el profundo azul inexplicables relaciones».

Otras veces, los comentarios provienen de una autoridad exterior, como en una digresión, significativamente muy musical, sobre el arte de la lidia: «Un torero famoso decía a su entrevistador que el arte de los toros no existe, “eso de los terrenos, el del bicho y el del hombre, me parece una papa”, “ni creo en las reglas, y lo de templar, mandar, parar y recoger depende de los nervios del tocaor y de la madera de la guitarra”; eso no obstante, un escritor americano, Valdelomar, escribió un raro ensayo de estética futura sobre los ritmos del arte del bestiaro en cuestión; y hace poco, un pobre escritor francés, recluido en una casa de salud, Henry de Montherlant, otro ensayo más extraño en *Les Bestiaires...*».

En definitiva, un escritor anti flamenco como Eugenio Noel ensalza el cante jondo y hace de un cantaor gitano no sólo el protagonista sino el héroe de su novela. Un escritor anti taurino, convicto y confeso, convierte a un picador en el coprotagonista de la narración, en un hombre de profunda sabiduría popular, que habla de toros con toda normalidad, sin ninguna crítica y con auténtico conocimiento de causa. Y el propio autor hace gala de una erudición impropia de un enemigo de la lidia, no sólo al referir determinados detalles técnicos no al alcance de todos los autores de la época, sino al aludir al escritor peruano Abraham Valdelomar, teórico de la estética modernista, bajo su seudónimo de Conde de Lemos, que había muerto prematuramente hacía unos años (en 1919), y al francés Henry de Montherlant, que había publicado su obra *Les Bestiaires* en 1926, precisamente el mismo año de la primera edición de la

narración de Eugenio Noel, aparecida el día de San Carlos en la colección “La Novela Mundial”. No son pocas estas contradicciones para quien sigue siendo un paradigma del anti-taurinismo militante.

Carlos Martínez Shaw

Fundación de Estudios Taurinos

